

Popular del lujo en BOG25

¿Qué supone en esta ocasión reunir en el espacio bogotano a personas expertas y profundamente vinculadas con la cultura picotera? ¿Para qué poner a sonar un picó en medio de un edificio neoclásico en pleno centro de Bogotá?

Ante todo, es una oportunidad para reconocer la cultura picotera como una forma legítima de celebrar, resistir y habitar la vida, distinta a las expresiones que predominan en el centro del país. Comprender su dimensión comunitaria y su valor como práctica de resistencia y creatividad permite desmontar la mirada reduccionista que la ha etiquetado como ruidosa, desordenada y marginal.

El picó no necesita escenarios de lujo: se arma en la calle, en la esquina, en un estadero o en la cuadra del barrio. La diversidad de la música que reproduce, su potencia sonora y su explosión de color se mezclan con la vida cotidiana. Es una alegría que no se guarda en lo íntimo sino que se desborda en el espacio público, transformando el territorio en un lugar de encuentro, expresión y pertenencia.

La música que amplifica el picó no se vive en soledad: se comparte. La felicidad está en moverse juntos, en reconocerse en los mismos ritmos, en convertir la calle en escenario del goce. El picó enseña que la alegría puede ser colectiva, gratuita, espontánea y callejera. No es un acto individual ni un instante privado.

Es inevitable que se arme un parrandón alrededor de un picó, pero es importante tener presente que su existencia va más allá de la fiesta: representa la reivindicación del gusto propio, de la memoria viva de los barrios populares, de la diáspora africana, de la recursividad y la creatividad costeña. Cantar, bailar, gritar, sudar frente al picó es también afirmar con alegría una identidad que ha sido estigmatizada.

Aquí, la felicidad se convierte en resistencia y orgullo: una práctica de dignidad que resignifica el disfrute como afirmación de existencia y como forma de construir y habitar el territorio como un acontecimiento comunitario, sonoro y corporal: estar juntos, orgullosos y vivos.

Popular del lujo

Roxana Martínez, Juan Esteban Duque, Esteban Ucrós



En el Caribe colombiano nació una tradición alegre, fiestera, bulliciosa y colorida: los picós, potentes sistemas de sonido construidos artesanalmente. Están emparentados con los *Sound System* jamaiquinos y su nombre viene del *pick-up*, aquel tocadiscos portátil de los años cincuenta que permitía llevar la fiesta a todas partes.

El uso de estas enormes cajas de sonido nació como respuesta creativa y desparpajada a la dificultad de poder pagar por ir a ver a las grandes orquestas de salón, y esperar a que las emisoras decidieran incluir en su programación la música del gusto popular. Nada de quedarse atrás. Desde entonces –y hasta hoy– la consigna ha sido clara: construir la felicidad compartiendo colectivamente, tomarse las aceras y espacios de encuentro y subir sin vergüenza el volumen.

Los picós han llevado a generaciones enteras a bailar la música traída en barco desde África: soukous congoleño; highlife de Ghana; semba y kizomba angoleños; funaná de Cabo Verde; mbaqanga y jíve sudafricanos; afrobeat de Nigeria. Del Caribe llegaron el kompa haitiano, el kadans y el zouk de las Antillas; el calypso y la socca de Trinidad y Tobago; el jíbaro puertorriqueño; la salsa; la inagotable riqueza musical cubana y, por supuesto, la avalancha jamaiquina de mento, ska, reggae y dancehall.

Con semejante inspiración al alcance de la mano, nació la champeta criolla: una música gestada en los barrios cartageneros, con el Palenque de San Basilio como principal referente cultural y vínculo con el espíritu africano. Junto a ella, emergió también una forma de baile que le pone el corazón a mil a cualquiera.

La competencia entre picós fue encarnizada. Había que tener la canción más exclusiva y fiestera –al punto de arrancar las etiquetas de los acetatos para mantener en secreto al autor–, el bafle más potente y la pintura más llamativa. Así, lo que empezó como fiesta terminó consolidándose como un universo compartido entre rumberos cada vez más exigentes, picoteros (quienes ponen la música), colecciónistas, investigadores musicales, programadores radiales, selectores, técnicos de sonido,

samplistas, carpinteros y pintores. Todos ellos, guardianes de una tradición que aún hoy retumba con la misma fuerza que hace medio siglo.

Entre los pintores destaca William Gutiérrez, uno de los más importantes de la escena picotera del Caribe colombiano y, probablemente, el más cotizado y prolífico de cuantos se encuentran en el ejercicio actualmente. William es una figura fundamental para entender esa forma de patrimonio que es la cultura picotera Caribe y uno de los responsables de haberle dado forma a su singular estética. Su obra y su experiencia acompañan a Populardelujo en la Bienal.

¿Cuántos picós se habrán pintado desde que por allá en la bruma de los años cincuenta, alguien conectó una tornamesa a un bafle y bautizó su maquinita por primera vez? Cientos. Pero sabríamos casi nada sobre el aspecto de esas bestias maravillosas y sobre sus pintores si no fuera por los álbumes familiares.

Y es que un picó es, en muchos sentidos, un miembro de la familia. Es una criatura que encarna parte de la identidad de su dueño. Es un personaje querido alrededor del cual se reúnen parientes y amigos. Es un motivo de orgullo y es muchas veces, una fuente de sustento para el hogar.

Por eso, a lo largo de los años, se les ha fotografiado como si se tratara de un gran patriarca, de una abuela venerable o de un tío chévere y medio loco que volvió del extranjero.

En tiempos recientes, personas como Edgard Benítez, Fabián Altahona, Ladín Domínguez, Lucas Silva, Populardelujo y muchos más, nos hemos obsesionado con digitalizar esas fotografías y evitar que semejante pedazo de historia de la cultura visual colombiana perezca bajo una gotera, por un hongo traicionero o en medio de un trasteo hecho a las carreras.

¿Los autores de estas fotografías? Es difícil saberlo. El pariente con cámara, el fotógrafo de barrio, el visitante que no podía permitir que el avistamiento de semejante criatura quedara sin registro para la posteridad.